

Narrar la experiencia a contrapelo

Jonatan Rodas *

Escribir es una tarea difícil. Aún más cuando esta tarea está asociada a experiencias negativas de la vida escolar: el castigo, la imposición y la descalificación que se entrelazan con el modelo educativo tradicional (que persiste en la actualidad) al que Paulo Freire denominó como *bancario*, es decir, la memorización mecánica por parte de las y los estudiantes, de manera pasiva. Sin duda, este modelo no solo atiende a un asunto de transmisión de conocimientos sino también a un ejercicio de poder: el que enseña tiene el poder y lo ejerce sobre el que aprende.

La intención de esta breve reflexión no es adentrarnos en lo que esto tiene de colonialidad. Pero antes de seguir, vale la pena decir que justamente en la práctica de la escritura —si escarbamos más—, se reproducen ejercicios de poder y colonialidad. Así, por ejemplo, a aquellas experiencias negativas de nuestros primeros años de vida escolar se suma la idea dominante de que la escritura es cosa de “académicos”, de “intelectuales” o, en suma, de “gente que sí sabe”. Fomentar estas ideas también contribuye a fortalecer eso que ha dado en denominarse la *colonialidad del saber* (Lander, 2000).

Por esos motivos y porque una buena parte de los procesos formativos de Moxviquil se orientan hacia la formación de sujetos críticos es que se hace necesario considerar el papel de la escritura en dicha formación.

* Antropólogo, educador popular, docente del Seminario de Titulación de los programas del Instituto de Formación para la Sustentabilidad Moxviquil, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

Tanto en Moxviquil como en otros ámbitos educativos fuera de él y en la vida diaria, este papel es motivo de velada sospecha: ¿para qué tenemos que escribir cuando lo que nos interesa es incidir en la realidad?

Me gustaría proponer, como punto de partida, que la escritura es una forma de incidir en la realidad y, aún más, que su ejercicio no es ocioso toda vez que le permite a quien escribe volver sobre sus actos, sobre su actuación en el mundo, para hacer síntesis de lo caminado.

Me ha parecido importante decir esto antes de concentrarme en eso que llamamos “la narración de la experiencia”, precisamente porque una de las apuestas epistémicas y metodológicas de Moxviquil en el incentivo de la escritura es partir de la experiencia. Y eso desata muchas inquietudes.

Desata inquietudes tanto en quién va a escribir como en quien lo promueve: ¿qué significa partir de la experiencia? ¿de qué experiencia estamos hablando? ¿si solo es experiencia, dónde está la reflexión?

En la experiencia de los seminarios de titulación hemos insistido en la importancia de recuperar la práctica vivida junto a otras y otros. No es por ociosidad. Se trata de un movimiento epistémico que prioriza la experiencia antes que la búsqueda mecánica y desvinculada de “objetos o sujetos de investigación”. Al partir de la experiencia vivida apostamos a que las personas puedan dinamizar el círculo que nos lleva de la práctica a la reflexión y, así, sucesivamente.

El punto de partida para este camino de reflexión es la narración. La narración de la experiencia. Y es sobre esto último que quiero dedicar las siguientes páginas, de la mano de algunas precisiones sobre el relato y la narración elaboradas por dos autoras: Beatriz Sarlo y Leonor Arfuch.

Para comenzar con la paráfrasis de lo dicho por la primera de estas autoras debemos señalar que nuestro punto de partida —partir de la narración de la experiencia— se finca en el propósito amplio de hacer una lectura a contrapelo de los grandes marcos explicativos en los que las personas aparecen únicamente como datos o como ejemplos de lo dicho. Esta lectura a contrapelo sitúa a la persona como *locus* y como generadora de conocimiento porque es atravesada por el influjo de lo social.

Es decir, no estamos proponiendo una narración individualizada y encerrada en una burbuja que reclame pretensión de verdad del tipo “créeme porque soy yo quien te lo dice” (Sarlo, 2005).

Cualquier texto, dice esta autora, es interpretable. Y abunda: “es cierto que la verdad está en el detalle. Sin embargo, si no se lo somete a crítica, el detalle afecta la intriga por su abundancia realista” (Sarlo, 2005, pág. 70). De esto, queremos rescatar la idea de que al trasladar nuestra experiencia a la narración es necesario hacerlo desde una postura crítica (¡y autocrítica!) sin la cual toda experiencia corre el riesgo de convertirse en relato romantizado —glorioso o traumático— que no nos permite avanzar.

Leonor Arfuch abona a esta discusión al proponer que la narración de la experiencia no tiene por qué demostrar una “historia única y verdadera” sino dirigirse a resaltar elementos en la historia de los sujetos sociales que contribuya a que estos elaboren una mejor historia de sí mismos.

Es a esto a lo que nos aferramos para sostener que la escritura tiene capacidad de incidencia.

La narración es el elemento crucial para que la experiencia se haga memoria. Es lo vivido puesto en el relato a partir del cuál podemos comunicar no solo lo padecido, sino también lo que ahora pensamos sobre eso. Ciertamente una gran parte de la memoria —sobre todo aquella que tiene que ver con procesos sociopolíticos en nuestros países de América Latina— se ha enriquecido a través de la narración oral, el testimonio. Gracias a los testimonios hemos sabido de las crueldades de las dictaduras del siglo XX y de la lucha de las y los sobrevivientes. Y es también gracias a los testimonios —que fluyen parsimoniosamente en la cotidianidad de la vida como relatos que nos cuentan nuestras abuelas y abuelos como fragmentos de sus recuerdos— que sabemos de la historia de nuestras comunidades, de nuestros grupos, de los esfuerzos y luchas de aquellas y aquellos con quienes compartimos nuestro mundo social.

El gran reto, para quienes nos inmiscuimos en procesos formativos, es ahora, cómo trasladar la riqueza y la potencia de esos relatos a la palabra escrita. No creo que nos traicionemos haciéndolo de esta manera. Por el contrario, narrar la

experiencia desde un yo encarnado, situado como parte de un mundo social y crítico con su propia memoria, puede contribuir a la transformación de la realidad tan anhelada.

Ciertamente eso pasa por ofrecer la batalla a las creencias y vivencias de los modelos tradicionales de educación sobre los que inicié hablando: ¿es posible una escritura que sea liberadora?

Yo creo que sí. Que partir de la experiencia, visitar lo hecho, los recuerdos, enlazarlos con el amplio contexto donde esos hechos tuvieron lugar, es un camino (si no, el más efectivo) que nos da motivos para seguir luchando día a día contra frases como “tú no sabes escribir” que resuenan en nuestra cabeza.

Escribir es una lucha. Una lucha que se libra letra a letra, palabra a palabra, para romper ese sistema colonial e intimidatorio que nos ha formado.

Bibliografía

6

Arfuch, Leonor (2002) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. 272 páginas.

Lander, Edgardo (2000) Ciencias Sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. (1ª ed., pp. 11-40). Buenos Aires, CLACSO.

Sarlo, Beatriz (2005) *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y el giro subjetivo, una discusión*. 1ª. Ed. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 166 páginas.